



El Salto de Nilko

Colan Bravo



Nilko, un niño de ocho años, pasaba horas en la cancha de su barrio. Su pelota de baloncesto, ya desgastada, era su compañera fiel bajo el sol poniente. Con cada bote y cada lanzamiento, Nilko soñaba con las grandes canchas y los aplausos. El aro oxidado era testigo silencioso de su ardiente pasión.



Desde las gradas, Nilko observaba al equipo de baloncesto de su colegio. Admiraba la forma en que jugaban juntos, sus uniformes impecables y la emoción en cada partido. Su mayor deseo era formar parte de ese equipo y defender los colores de su escuela. Sabía que requeriría mucho trabajo, pero su determinación era inquebrantable.



Día tras día, Nilko entrenaba con una dedicación asombrosa. Corría, saltaba y practicaba sus tiros hasta que sus músculos dolían. A menudo, el sudor le empapaba la camiseta, pero la imagen de la canasta final lo impulsaba a seguir. El sol poniente pintaba de oro la cancha mientras Nilko se superaba a sí mismo.



Llegó el día de las pruebas para el equipo, y Nilko sentía un nudo en el estómago. Decenas de niños mostraban sus habilidades, y la presión era palpable en el gimnasio. A pesar de los nervios, Nilko se concentró, dribló con agilidad y encestró con precisión. Dio lo mejor de sí, esperando que fuera suficiente.



Una tarde, el entrenador anunció la lista de seleccionados. El corazón de Nilko latía con fuerza mientras buscaba su nombre. Cuando lo encontró, una oleada de alegría lo invadió, ¡había sido aceptado! La noticia lo llenó de orgullo y una inmensa felicidad, el primer paso de su sueño estaba cumplido.



Nilko y sus nuevos compañeros formaron un equipo formidable. Jugaron con entusiasmo en el campeonato escolar, aprendiendo a confiar el uno en el otro. Cada pase y cada defensa era una muestra de su creciente amistad y colaboración. El espíritu de equipo se hacía más fuerte con cada victoria.



Después de partidos emocionantes y mucho esfuerzo, el equipo de Nilko llegó a la gran final. El gimnasio estaba abarrotado de aficionados, y la tensión flotaba en el aire. Sus rostros reflejaban una mezcla de nerviosismo y una profunda determinación. Era el momento de demostrar todo su trabajo.



El marcador estaba empatado y solo quedaban segundos en el reloj. La multitud rugía, y el balón volaba de un lado a otro. De repente, el balón llegó a manos de un compañero, quien, con una mirada de total confianza, se lo pasó a Nilko. Los ojos de todos estaban fijos en él, la esperanza del equipo en sus manos.



Nilko recibió el balón, sus ojos se fijaron en el aro. Con el último aliento del partido, saltó y lanzó la pelota. El tiempo pareció detenerse mientras el balón giraba en el aire antes de caer limpiamente por la red. ¡La bocina final sonó y la canasta les dio la victoria!



La cancha estalló en vítores, y sus compañeros corrieron a abrazar a Nilko. Todos lo felicitaban por su tiro ganador, levantándolo en hombros. Pero Nilko, con una sonrisa humilde, señaló a todo el equipo. 'No fui yo solo', dijo, 'fue gracias a todos, ¡somos campeones juntos!'